

RIBAGORDA, Álvaro, LÓPEZ-OCÓN, Leoncio (Eds.), *La Universidad Central durante la Segunda República: las facultades de ciencias y su contexto internacional*, Dykinson, Madrid, 2022, 456 pp.

La imagen que ilustra la cubierta de este libro, la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense en los momentos finales de su construcción, muestra un edificio potente, sólido, bien preparado para contribuir a la ciencia de la salud. La percepción de esta imagen puede traducirse en metáfora de lo que este libro recoge en sus páginas: un estudio coral bien armonizado en el que aparecen tres niveles esenciales a la hora de analizar el funcionamiento de una institución de enseñanza: lo que se enseña, quien lo enseña, y de qué forma se relaciona con el mundo exterior. Era una construcción potente la del proyecto racionalista que refleja uno de los edificios más emblemáticos de la Ciudad Universitaria, la Facultad de Medicina.

Pensado como una nueva aproximación al estudio de la Universidad Central durante la Segunda República a través de su campus científico, desde las primeras páginas de este libro se palpa el interés del tema: el primer párrafo, claro, brillante y diáfano, permite al lector captar de inmediato las ideas que presiden la obra, contagiarse de entusiasmo y deslizarse hacia un camino de dudas y comparaciones con el panorama de hoy. Si en estos tiempos que corren los estudiantes tienen toda la información, o casi toda, muy fácilmente a su alcance en internet, es evidente que la Universidad ha de ofrecer un tipo de enseñanza que promueva lo que el ordenador no puede hacer por ellos: pensar. Pues bien, este libro tiene una primera gran virtud: conduce a pensar; invita al lector a valorar lo que se hizo hace ya casi cien años, compararlo con lo que tenemos actualmente, y cuestionarse qué ha pasado en las nueve décadas desde que han pasado desde que se construyó el edificio de Medicina, ¿qué planes había para la enseñanza universitaria y qué ha quedado de ellos?, ¿qué ha mejorado y qué no?, ¿qué aspectos han influido en ello?

Las primeras páginas del libro exponen la carrera de obstáculos del proyecto; la propuesta de nuevos usos y de corregir abusos —usos y abusos que se repiten y repiten— no encontró apoyo donde debería haberlo encontrado, en las Cortes. Partiendo del ambiente intelectual de comienzos del siglo XX, del papel que algunos escritores como Ortega, o científicos como Ramón y Cajal o José Castillejo, tuvieron en el fomento de la ciencia y su papel en la Universidad, los editores del libro declaran los objetivos: «Explorar esas conexiones e interrelaciones entre un sector de la Universidad de Madrid —como es el constituido tanto por su Facultad de Ciencias con sus diversas secciones y las facultades biomédicas, como las de Farmacia y Medicina—, con sus entornos científicos y sociales».

Los autores no solo logran estos objetivos, sino que, además, consiguen dejar claro que la ciencia estuvo, por encima de cualquier otra disciplina, como as-

piración fundamental en la construcción de esta «nueva Universidad» que soñaba la II República española; recogen acertadamente una cita de América Castro publicada en *El Sol* en 1928: «la Ciudad Universitaria ha sido concebida, ante todo, como una magnífica Facultad de Medicina. Luego ofrecieron albergue en el lujoso recinto a las Facultades afines de Farmacia y Ciencias; en fin, a última hora y a remolque, ante observaciones que no tenían fácil respuesta, se ha dicho que también irán allá las Facultades de Letras y Derecho. Los planeadores de esta gran ciudad de la ciencia han sido, por consiguiente, médicos, hombres de clínica y laboratorio».

De los contenidos y de los lugares de las enseñanzas «de ciencias» se ocupa la primera parte del libro. F. A. González Redondo y R. E. Fernández Terán analizan los estudios de Física y Química, cátedras y planes de estudio, y lo incluyen en el panorama de la anhelada modernización de la universidad española y el papel de la Junta para Ampliación de Estudios que creó la figura del «pensionado» para absorber a jóvenes científicos que la Universidad no tenía capacidad de acoger pues no se podía —ni se debe poder— crear plazas de profesores que no se necesitaban. De los «pensionados» se pasó a los centros de investigación o de ampliación de estudios, de los cuales el primero fue el Centro de Estudios Históricos. A los estudios de matemáticas se dedica el capítulo de L. Español; como otros autores del libro dibuja una perspectiva de los estudios de matemáticas y de su «poco brillo» en la Edad de Plata de las ciencias; de ser unos estudios sin gran relieve en el plan de 1900, las Matemáticas recibieron un impulso notable entre 1915 y 1920, y continuaron sus intentos de mejora en los años siguientes. En líneas similares se desarrollan los otros tres capítulos de la primera parte; J. I. Catalá Gorgues se ocupa de las Ciencias Naturales, de los planes de estudio, del cambio generacional de los catedráticos «atravesado por la polarización y las sagas académicas», y un interesante apartado sobre «el día a día de la perspectiva de un alumno». A. González Bueno se ocupa de los estudios de Farmacia, asignaturas, profesores e instalaciones de la Facultad «más favorecida por el sexo femenino». Por último L. López-Ocón expone «una aproximación a la Facultad de Medicina de la Universidad Central en el curso 1935-1936», la «niña bonita» de la reforma, que bien se justifica por el prestigio de quienes en ella enseñaban y aportaban y potenciaban su dinamismo.

En la misma línea de libro coral bien armonizado hay que incluir la segunda parte de esta obra, dedicada a catedráticos, profesoras y a la porosidad social en las aulas. Comienza Á. Ribagorda con un estudio dedicado a las personas que dieron vida a la Facultad de Ciencias: situación de las cátedras, científicos en instituciones más allá de la propia academia, relación con la JAE, oposiciones, puntos todos ellos de gran interés para esclarecer el panorama universitario «de ciencias». De gran interés y necesario es el estudio de E. Lemus sobre las señoritas de la Residencia, profesoras algunas de las facultades de ciencias; la autora incluye perfiles de algunas de esas jóvenes, con trayectorias diversas entre las que no

faltó la dedicación como profesoras de enseñanza secundaria. Sorprendente desde este mundo de redes sociales y medios audiovisuales es el estudio sobre el papel de la radiodifusión en la divulgación de la ciencia que expone V. Guijarro, con apuntes sobre algunas de las emisoras más relacionadas con este medio de difusión tan útil en aquel tiempo para la difusión de la ciencia.

La tercera de las voces de este libro se dedica al panorama internacional del tiempo que contempla este trabajo mirando a Portugal, Austria y Argentina. Es un gran acierto. Apunta los desastres de ideologías introducidas en los medios educativos de esos países, que no tardarían en llegar a España. M. F. Nunes, E. Pereira, Q. Lopes y Â. Salgueiro hablan de las universidades e investigaciones portuguesas en la década de los años 30, tras establecer el Estado Novo, un estado que habría que calificar de fascista, y las purgas de Salazar a la comunidad científica que solo pudo utilizar la resiliencia. L. Erker estudia el caso de la Universidad de Viena, convertida en bastión del conservadurismo incluso antes de la dictadura de Dolfuss (1933), que presencié el declive de una universidad que había sido una de las mejores del siglo XIX, y la expulsión de muchos científicos que hubieron de buscar refugio en otras instituciones. No queda muy lejos el caso de Argentina que estudia M. G. Mayoni, pues tras el despegue de las ciencias en la década de 1920, el cambio de rumbo hacia el autoritarismo en 1930 dio al traste con algunas de las aportaciones conseguidas.

Al mismo tiempo que se publicaba este libro, en noviembre de 2022 salía una novela del escritor Manuel Sosa, *El valor de la herida*. El autor hubiera disfrutado de este estudio sobre las facultades de ciencias en la II República pues la novela recoge muy acertadamente algunos de los puntos álgidos de este libro: científicos republicanos, mujeres en las aulas y relaciones exteriores. Aunque la historia concluye después de la Guerra Civil española, en *El valor de la herida* podría percibirse cómo el prestigio de muchos profesores no les favoreció, sino al contrario, fue causa «razonable» para integrar la depuración de quienes enseñaban en todos sus niveles. Un tiempo que había traído aire fresco a toda la enseñanza costó la vida a miles de los más necesarios para poner las bases de la cultura, los maestros, y dejó bien tocados a los que se ocupaban de labores de alta investigación. Esa honorable y loable empresa de enseñar no puede quedar en el olvido; por ello es muy de agradecer un estudio tan excelente como el de este libro.

*María Jesús Fuente Pérez*